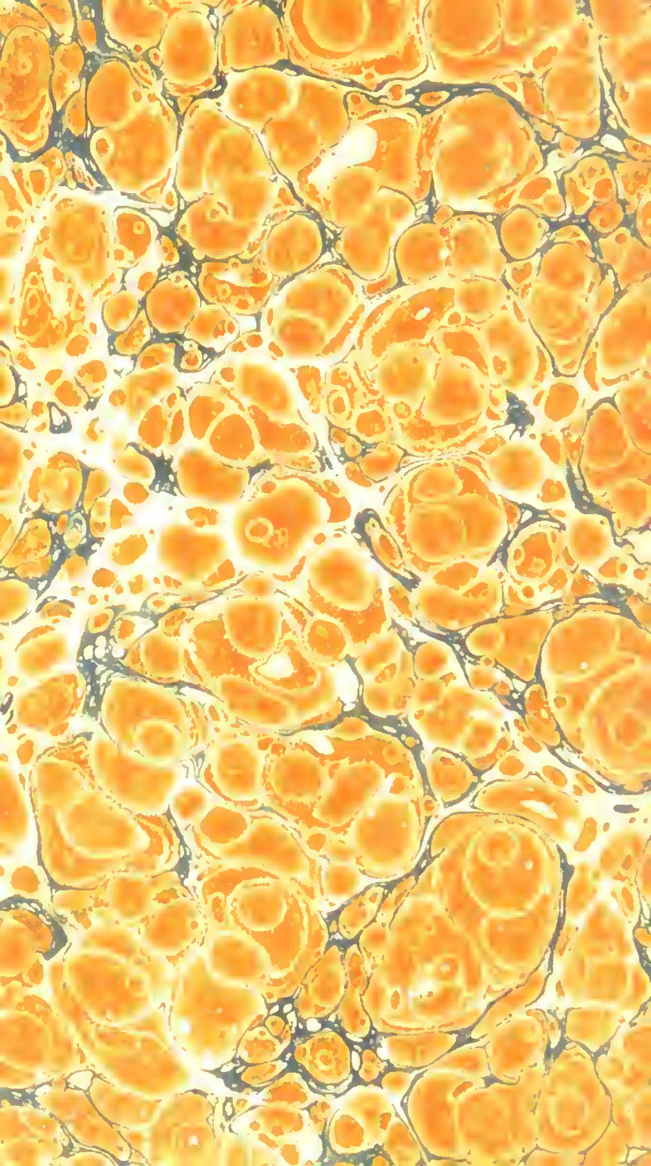
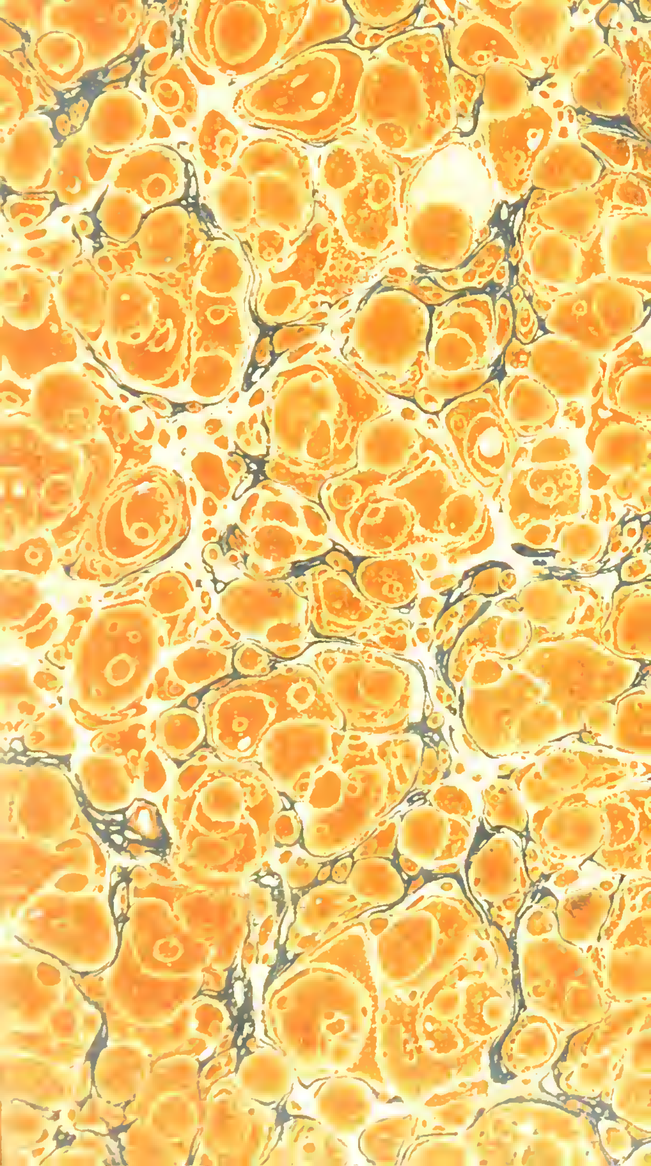






ZUMA

Ó

EL DESCUBRIMIENTO

DE LA QUINA,

NOVELA PERUANA,

SEGUIDA

De las Cañas del Tiber;

Por la Condesa de Genlis.



PARIS,

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, nº 69.

—

1827.

PARIS.—IMPRENTA DE DAVID,
CALLE DEL ARRABAL POISSONNIÈRE, Nº 1.

CARTA DEDICATORIA

á

La S.ra Condeza de Choiseul,

HIJA DEL PRINCIPE DE BAUFREMONT.

Amiga mia,

En 1812 ya conociais una novela comprendida en esta coleccion (la Hermosa Paula), y vos sabeis la casualidad particular y la delicadeza que me impidieron el publicarla en 1804. Si vuestra aprobacion fuera ménos apreciable á mi corazon, conoceria todavía mejor cuanto debe lisonjearse un autor de conseguirla; pero yo pienso que la debo únicamente á

vuestra amistad, y esta idea tan agradable escluye todas las que pueden nacer del amor propio.

La Condesa de Genlis.

ZUMA

ó

EL DESCUBRIMIENTO

DE LA QUINA.

Hacia la mediacion del siglo diez y siete la animosidad de los Indios contra los Españoles aun existia con toda su fuerza; las tradiciones demasiado fieles conservaban entre estos pueblos oprimidos y descaecidos, la memoria espantosa de la crueldad de sus vencedores: ellos estaban subyugados pero no so-

metidos. Los Españoles no habian conquistado sino esclavos, y no reinaban sino por el terror : en esta época un virey, mas severo que los otros, escitó hasta el colmo un aborrecimiento débil y secreto. Su secretario, ministro rigoroso de sus voluntades arbitrarias, tenia una codicia insaciable, y los Indios aun le odiaban mas que á su señor. Murió subitamente y los síntomas espantosos que precedieron á su muerte hicieron creer generalmente que habia sido envenenado por los Indios : se bus-

caron los culpables pero no pudieron descubrirse. Este acontecimiento hizo mucho ruido, porque no era el primer crímen de esta especie entre los Indios, pues se sabia que conocian los venenos mortales, y mas de una vez fueron convencidos de haberlos usado; pero ni los tormentos ni la muerte habian podido hacerles declarar estos funestos secretos.

Mientras tanto el virey fué llamado á España, y la corte nombró en su lugar al conde de Chinchon. Este, en la fuerza de la edad, do-

tado de todas las calidades amables y de todas las virtudes que son capaces de reconciliar los espíritus y ganar los corazones, acababa de casarse. Se habia unido á una hermosa jóven á quien adoraba y de quien se encontraba amado con la mas viva pasion. La condesa quiso seguir á su esposo, quien temiendo por ella el odio y la perfidia de los Indios deseaba que se quedase en España, á pesar de la pena que le causaba la sola idea de una semejante separacion. La condesa estaba penetrada en el fondo de su

corazon de que su esposo iba á encontrarse espuesto á todas las tramas tenebrosas del odio y de la venganza. Algunos hechos justificados y particularmente las relaciones exageradas del último virey representaban á todos los Indios como viles esclavos, quienes, dóciles en la apariencia y aun adictos, eran sin embargo capaces de tramar secretamente las traiciones mas pérfidas y criminales. Se contaban cosas sorprendentes de la incomprensible sutileza de los venenos de aquellas comarcas, y en

este particular no habia exageracion (1). El espanto que inspiraban á la condesa estas funestas ideas, fue para ella un motivo poderoso para decidirla á seguir al virey, á fin de vigilarlo con todas las precauciones del temor y con todos los cuidados del amor. Llevó en su compañía á algunos españoles que debian formar su sociedad en Li-

---

(1) Segun las relaciones de los viageros y de os naturalistas, en América hay ciertas plantas tan venenosas, que no se puede andar sobre ellas, ni aun con zapatos, sin quedar envenenado.

ma, y entre ellos se encontraba á una señora llamada Beatriz, que era amiga suya desde su infancia y que solo tenia algunos años mas que la vireina; pero el cariño que le profesaba era tan tierno que se asemejaba al afecto de una madre. Beatriz habia hecho todos sus esfuerzos para empeñar á la condesa á quedarse en Madrid, y despues cuando vió que su resolucion era inalterable, declaró que queria seguirla.

Mientras tanto los Indios, gozosos de verse desembarazados de

su virey, no estaban mejor dispuestos á favor de aquel que debia reemplazarle : este era un español, y por consiguiente no esperaban de él sino injusticias, ansia de riquezas y tiranía. En vano oian decir que el conde era dulce, humano y equitativo, ellos repetian entre sí : *es un español.* Esta palabra en su modo de entender decia todo lo que puede espresar el odio mas enérgico. La religion no habia calmado todavía estos impetuosos resentimientos; se habia descuidado el hacer co-

nocer su moral sublime, y se habian limitado á hacerles seguir algunas prácticas esteriores conservando siempre entre ellos una grande parte de sus supersticiones y de su antigua idolatría.

Los Indios en su situacion miserable, ejercian despues de la conquista de América una venganza secreta que ningun español la habia sospechado todavía. Ellos se habian visto forzados á entregar á sus opresores todo el oro y todos los diamantes del nuevo mundo, pero les ocultaban los tesoros mas

preciosos y mas útiles á la humanidad : abandonándoles todo el lujo de la naturaleza, se habian reservado esclusivamente sus verdaderos beneficios : ellos solos conocian los poderosos contravenenos, y los antídotos maravillosos que la sabia naturaleza, ó por mejor decir la Providencia, ha puesto en aquellos paises para remediar los males mas estremados, y tambien ellos solos conocian las propiedades de la corteza saludable del árbol de la quina, y por un pacto solemne y bien observado, y por

los juramentos mas sagrados y renovados frecuentemente, estaban todos empeñados entre sí á no revelar jamas á sus opresores estos importantes secretos (1).

En medio de los rigores de la esclavitud, los Indios habian conservado siempre entre sí una especie de gobierno interior, tenian nombrado un gefe cuyas funciones misteriosas consistian en reunirlos de noche en ciertas épocas, para renovar sus juramentos y algunas

(1) Todos estos pormenores son históricos.

veces para señalar las víctimas entre sus enemigos. Los Indios de las aldeas, mas libres que los que se sugetaban al servicio del palacio de los vireyes, ó se empleaban en los trabajos públicos, nunca faltaban á concurrir á las asambleas nocturnas que se celebraban sobre las montañas, en los parages desiertos, en donde no era posible llegar sino por medio de sendas que hubieran parecido impracticables á los Europeos: pero para los Indios, estos parages eran el asilo dichoso de la libertad, ó á

lo menos el único refugio contra la tiranía. En este tiempo, su gefe secreto y supremo (pues ellos tenian varios) se llamaba Jimeo : agriado por la desgracia y por las injusticias particulares, su alma naturalmente grande y generosa, no admitia ya habia mucho tiempo los sentimientos dulces y tiernos. Una vehemente indignacion que no estaba enfrenada por ningun principio, se exaltaba todos los dias con el fin de hacerse mas bárbara y mas feroz. Sin embargo de todo esto la baja y cobarde atrocidad

de los envenenamientos repugnaba á su carácter; jamas habia empleado estos espantosos medios de venganza, los prohibia á sus compañeros, y los hechos atroces é infames que se habian cometido en la guerra nunca habian tenido su consentimiento. Jimeo era padre, y tenia un solo hijo llamado Mirvan, á quien amaba y al que habia inspirado una parte de su odio contra los Españoles. Mirvan, jóven bien parecido y generoso, se habia casado hacia tres años con Zuma la mas hermosa de las Indias

de las inmediaciones de Lima. Zuma, tan dulce y tan sensible como hermosa, era la dicha de su esposo, y no vivia sino para él y para un niño de dos años del que era madre.

Otro gefe, Azan, estaba unido á Jimeo y tenia el mayor ascendiente sobre los Indios : Azan era violento y cruel, y ninguna virtud natural calmaba en él el instinto del furor que le animaba. Ambos gefes creian tener un orígen ilustre, y se alababan de ser descendientes de la familia real de los Incas.

Algunos dias antes de la llegada del nuevo virey, Jimeo convocó para la noche siguiente una asamblea nocturna sobre la colina del *árbol de la salud*, así llamaban al árbol de la quina, y cuando estuvieron todos reunidos : « Amigos » miòs, dijo, un nuevo tirano va » á reinar sobre nosotros, renovemos pues los juramentos de una » justa venganza. Ah ! nosotros no » podemos pronunciarlos sino en » la obscuridad de las tinieblas ! » ¡ Hijos desgraciados del sol esta» mos reducidos á envolvernos

» con las sombras de la noche !....
» Repitamos al rededor del *árbol*
» *de la salud* el juramento terrible
» que nos empeña á ocultar para
» siempre nuestros secretos. » Despues de estas palabras, Timeo con una voz mas fuerte y con un tono mas firme dijo : « Nosotros juramos
» de no descubrir jamas á los hijos
» de Europa las virtudes divinas
» de este árbol sagrado, único bien
» que nos queda! ¡ Desgraciado el
» Indio infiel y perjuro que sedu-
» cido por las falsas virtudes,
» por el temor ó por la flaque-

» za revelase este secreto á los
» destructores de sus dioses, de
» sus soberanos y de su patria!
» ¡ Desgraciado el infame que ha-
» ga don de este tesoro de salud á
» los bárbaros que nos esclavizan,
» y cuyos abuelos han incendiado
» nuestros templos y nuestras ciu-
» dades, que han invadido nuestras
» campañas, y que se han bañado
» en la sangre de nuestros padres
» despues de haberlos hecho sufrir
» suplicios enormes é inauditos !..
» ¡ Que guarden el oro que nos
» han robado y del que son insa-

» ciables, el oro que les ha costado
» tantos crímenes : guardemos al
» menos para nosotros solos este
» presente del cielo !......... Si entre
» nosotros se hallase algun dia un
» traidor, juramos el perseguirlo
» y el esterminarlo, aunque sea
» nuestro padre, nuestro herma-
» no ó nuestro hijo. Juramos si
» está unido con los lazos del ma-
» trimonio, perseguirlo igualmen-
» te que á su esposa y á sus hijos,
» si no han sido sus delatores, y si
» sus hijos se hallasen en la cuna
» inmolarlos, á fin de estinguir

» un linage culpable.... Amigos,
» ¿ haceis todos en el fondo de
» vuestro corazon estos terribles
» juramentos cuya fórmula nos
» han dejado vuestros abuelos, y
» que tantas veces la habeis repetido?..
Sí, sí, respondieron á un mismo tiempo todos los Indios, nosotros pronunciamos todas estas
» imprecaciones contra cualquiera
» que hiciese traicion á este secreto :
juramos guardarlo con una
» inviolable fidelidad, y sufrir si
» fuese necesario los mas espantosos
tormentos, y aun la muerte

» ántes que revelarlo. Considerad,
» dijo el feroz Azan, considerad,
» que todos los primeros tiempos
» de nuestra esclavitud, en aque-
» llos tiempos en que millares de
» Indios fueron conducidos al tor-
» mento, ninguno quiso salvar su
» vida descubriendo este secreto
» guardado por nuestros pueblos
» hace mas de doscientos años!
» Considerad si es posible hallar el
» suplicio que mereceria aquel
» que cometiese esta traicion!.....
» Por lo que á mí corresponde,
» yo juro ademas, que si entre

» nosotros existe algun Indio capaz
» de una maldad semejante pere-
» cerá por mis manos, y si el trai-
» dor tuviese una muger é hijos
» en la infancia juro asesinarlos á
» todos. » Este discurso no estaba pronunciado sin designio. Azan odiaba al jóven Mirvan hijo de Jimeo, no solamente porque no hallaba en él toda la animosidad que deseaba contra los Españoles, sino particularmente porque Mirvan, esposo adorado de la hermosa Zuma, y padre de un niño lleno de gracia, era dichoso, y los malos

siempre desgraciados son constantemente envidiosos. « Azan, dijo
» Mirvan, se puede ser fiel á la pa-
» labra sin tener tu ferocidad,
» ninguno de nosotros es capaz de
» ser perjuro; tus amenazas no
» espantan á nadie y son inútiles,
» pues quien no sabe que para ser
» bárbaro tu no tienes necesidad
» de un traidor á quien perseguir,
» ni de un crímen que castigar. »
Azan irritado iba á responder, pero Jimeo evitó una disputa violenta, representando cuan imprudente era y peligroso el prolongar

inútilmente estas asambleas clandestinas y nocturnas, y al momento se retiraron todos.

Los Indios, obligados á disimular, conservaban siempre las apariencias del respeto y de la sumision. Una numerosa reunion de jóvenes indias llevaban canastillos de flores, y se encontraban á las puertas de Lima á la llegada de la vireina : Zuma se hallaba á su cabeza, y la condesa quedó tan admirada de su hermosura, de su gracia y de la dulzura de su fisonomía, que pocos dias despues

quiso tenerla en el número de las esclavas indias empleadas en su palacio en el servicio interior de las vireinas. Muy luego la condesa manifestó tanto aprecio á Zuma, que la destinó al servicio particular de su cuarto y de su persona. Este favor fue mirado por Beatriz, la amiga de la condesa, como una imprudencia, porque tenia la imaginacion tan sobrecargada de todas las relaciones que habia oido de la perfidia de los Indios, que á pesar de la generosidad natural de su carácter, se entregaba

á todos los temores siniestros y á todas las sospechas melancólicas que pueden inspirar la triste desconfianza y el terror : estos sentimientos eran perdonables, porque ¡temia por su amiga y no por ella! Vió con disgusto la amistad de la vireina por una India, y las mugeres que servian á la condesa concibieron unos zelos muy exaltados. Se aprovecharon de la debilidad de Beatriz para prevenirla contra Zuma ; le decian que Zuma era falsa , disimulada , ambiciosa, que estaba envanecida de su her-

mosura, que no queria á la condesa, y que aborrecia á los Españoles. Muy luego se fue mas lejos, suponiéndole discursos estravagantes; Beatriz no creyó todo lo que se le decia, pero tuvo una inquietud y una desconfianza que le dieron una verdadera adversion por Zuma, y esta enemistad se hizo otro tanto mas fuerte cuando vió que le era absolutamente imposible el perjudicar á Zuma en el espíritu de la condesa, quien cada dia apreciaba mas el objeto de tanto odio, injusticia y calumnia;

sin embargo para evitar escenas desagradables, se mantenia encerrada en su cuarto, y no se dejaba ver sino cuando la condesa la hacia llamar.

El virey no perdia ocasion para hacerse amar de los Indios, pero estos habian visto á muchos vireyes que á los principios manifestaban dulzura, justicia y afabilidad, y que despues desmentian todas estas dichosas apariencias; y así la bondad verdadera del conde no causaba ninguna impresion favorable en el espíritu de los Indios.

Estos la miraban como una debilidad que tiene por orígen el terror que habia inspirado la muerte súbita del secretario del último rey.

Ya habia cuatro meses que la condesa se hallaba en Lima, y su salud se alteraba visiblemente. Al principio se atribuyó esta sensible novedad al ardiente calor del clima, pero como sus males se aumentaban cada dia, nació una inquietud natural, y al fin cayó decididamente enferma de tercianas. Se emplearon todos los remedios conocidos entonces, y todos

fueron inútiles : el disgusto de Beatriz no tenia límites, hablaba en particular al médico que el virey habia traido de España, quien no pudiendo curar la enfermedad, hablaba de ella misteriosamente, y dió á entender que lo atribuia á alguna cosa estraordinaria que le era desconocida. Su esterior consternado, su reticencia, todo daba á Beatriz la horrible idea que su amiga moria de resultas de un veneno lento... Desde este momento ya no tuvo un instante de reposo, y ocultando á la condesa y tambien al con-

de sus espantosas sospechas, le fue imposible disimularlas á las criadas de la condesa que se las fortificaron.... ¿Pero quién podia haber cometido este delito?.... Nadie mas que Zuma... Zuma que á todas horas entraba libremente en el cuarto de la vireina... ¡Pero Zuma que estaba colmada de beneficios de la vireina!... ¿Qué interes podia llevarla á cometer semejante atrocidad? El odio no admite el reconocimiento. Zuma era ambiciosa, vana, hipócrita y ademas tenia una pasion secreta y criminal con-

tra la vireina..... Finalmente era India y estaba familiarizada desde la infancia con las maldades mas horribles.

Beatriz despreció durante algunos dias estas espantosas sospechas, veia aniquilarse á su amiga, y su terror ya no le permitia raciocinar y observar por sí misma; acogia todas las denunciaciones, y creia las calumnias mas estravagantes. La inquietud se apoderó tambien del conde quien sin imaginarse crímenes, se alarmaba al ver una fiebre tan duradera; sin embargo

una mejoria aparente en el estado de la condesa dio grandes esperanzas durante algunos dias, y el médico reanimado, casi respondia de la cura; las sospechas se aplacaron, y Beatriz respiró. No obstante esto no revocó las órdenes particulares y secretas que tenia dadas para espiar á Zuma, y para no dejarla entrar en el cuarto en donde estaban todas las bebidas de la condesa.

La inocente y sensible Zuma en medio de sus diversas agitaciones no pensaba sino en la vireina, á

quien amaba con toda la sinceridad de una alma pura y reconocida : ¡se afligia profundamente al considerar que existia un remedio infalible contra el mal que la consumia y que le era imposible el indicarlo ! Zuma conocia el horror de los juramentos por los cuales los Indios estaban empeñados en no revelar jamas este secreto. Si Zuma no hubiera arriesgado sino su persona, hubiera hablado sin el menor reparo , pero esta declaracion daba una muerte cierta á su marido y á su hijo ! En fin, ella no

ignoraba que el vengativo Jimeo, para asegurarse mas de su discrecion, habia puesto como en rehenes á este niño tan querido entre las manos del feroz Azan y de Thamir, otro de sus gefes, menos cruel que Azan, pero igualmente animado contra los Españoles: por todo lo cual Zuma ni aun se atrevió á confiar su pena á Mirvan: se tragaba sus lágrimas, y se afligia en silencio. Esta aflic-cion se aumentó todavía, porque se habia desvanecido la débil esperanza que se tenia algunos dias

ántes en favor de la condesa. La calentura volvió á manifestarse con fuerza y el médico anunció que temia que la condesa pereciese sin remedio si se renovaban semejantes recargos durante doce ó quince dias....! La consternacion fue general en el palacio, y este decreto cruel que desesperó al conde y á Beatriz, despedazó el corazon de Zuma. La vireina conociendo su situacion manifestó tanto valor como resignacion, pues se hace siempre con serenidad el sacrificio de la vida mas dichosa cuando

esta ha sido perfectamente pura: recibió los sacramentos que ya habia pedido, hizo una tierna despedida de su amiga y de su esposo, y á este último le recomendó la dicha de los Indios y particularmente la de Zuma, y despues se entregó enteramente en los brazos de la religion. Zuma, testigo de esta escena patética, no pudo resistir al esceso de su dolor, y su salud muy debilitada ya habia tres meses, cedió al fin á tantas penas y disgustos, y aquella misma noche sufrió una terciana de la

misma fuerza que las que tenian á la condesa á las puertas de la muerte. Despues de dos ó tres accesos Mirvan con el consentimiento de los Indios, le llevó secretamente el precioso polvo que debia curarla, á condicion que él se lo entregaria solo por dósis y una sola vez al dia. Zuma recibió por la mañana la primera dósis que no debia tomar hasta la hora de acostarse. Cuando estuvo sola, miró los polvos, y las lágrimas corrieron sobre sus mejillas, y levantando los ojos al cielo, ¡ gran

Dios! dijo; ¡eres tú quien me inspiras!... Yo no puedo salvarla sino sacrificándome, mi partido está tomado, yo no revelaré el temible secreto, y mi muerte espiará mi piedad entre mis compatriotas hasta en su modo de juzgar mi determinacion. Ademas ellos no sospecharán un cariño semejante y atribuirán su curacion á los socorros del médico: no espondré á Mirvan ni á mi hijo, ni haré traicion á nuestros juramentos: moriré, pero ella vivirá. ¿Qué importa la existencia de la pobre

Zuma? y cuanto mas preciosa es la vida de esta hija del cielo que no ha hecho uso de su poder sino para socorrer al desgraciado y para consolar al afligido; de esta protectora generosa del pobre y del esclavo, cuya voz desfallecida acaba de solicitar beneficios en favor de los Indios crueles que la dejan morir. ¡O amada bienhechora! ¡en medio de las sombras de la muerte tú no has olvidado á la fiel Zuma! ¡Yo he oido que tu boca pronunciaba su nombre y que lo bendecia!... Sí, juro por la sa-

grada luz del sol, juro el salvarte; y diciendo estas palabras, Zuma envolvió los polvos de quina, los puso en su seno, y se levantó; despues se detuvo y reflexionó sobre el modo de introducirse furtivamente en el gabinete en donde estaban las bebidas para la condesa. No tenia ni la menor idea de las horribles sospechas que habia contra ella, ni de las precauciones que se tomaban para que no pudiese entrar en dicho gabinete, ni tampoco las otras esclavas indias; creia solamente que despues de la

enfermedad de la vireina las criadas españolas se habian reservado esclusivamente el servicio de lo interior, por efecto de cuidado y por envidia, ó por uno de los usos de que le hablaban frecuentemente, conocido bajo el nombre de *etiqueta.* Resolvió el entrar de noche en el gabinete, creyendo que entonces no encontraria sino una sola persona dormida, y resuelta en el caso contrario en decir, que hallándose inquieta acerca del estado de la condesa habia ido á saber noticias: al mismo tiempo

queriendo examinar si le era posible introducirse sin pasar por el cuarto de la condesa, bajó á un largo corredor que examinó atentamente y reconoció que una pequeña puerta de salida del gabinete, daba á dicho corredor segun lo habia imaginado, y la llave estaba puesta. Despues de esto se prometió el poder entrar por la noche por aquella parte, y volvió á subir á su cuarto.

En consecuencia de las órdenes de Beatriz se espiaban con cuidado todos los pasos de Zuma: y se

apresuraron en ir á decir á Beatriz, que en aquel mismo dia Mirvan habia venido á su cuarto, y que una muger puesta á la puerta para escuchar lo que hablaban no habia podido entender cosa alguna de su conversacion porque habian hablado muy bajo, pero que al salir, Mirvan tenia el aire muy agitado, que en seguida Zuma habia bajado, habia recorrido examinando todas las puertas, que se habia detenido en la del gabinete manifestando por todas las señales el temor de ser sorprendida, y que finalmente se reti-

ró á su cuarto. Esta relacion estremeció á Beatriz, y adivinó luego que Zuma tenia el designio de introducirse por la noche en el gabinete: las criadas tuvieron órden de espiar el momento en que salia de su cuarto, de hacerlo saber inmediatamente, y de dejar en el instante el gabinete sin ninguna persona y la llave en la puerta. Beatriz instruyó de todo esto al virey, quien sin admitir las sospechas, quedó conmovido, y se convino en esconderse con ella en el gabinete.

Una hora despues de finalizado

el dia, vinieron á advertir á Beatriz que Zuma bajaba la escalera; pero á obscuras y con todas las precauciones de misterio y de temor : Beatriz y el conde fueron inmediatamente à esconderse. Al cabo de algunos minutos oyeron abrir la puerta muy despacio, y vieron parecer á Zuma : estaba pálida, trémula, y andaba lentamente y con trabajo.... Miró todo el gabinete de una manera que anunciaba la turbacion y el espanto, y se puso á escuchar en la otra puerta que daba al cuarto de

la vireina: todo estaba en silencio.... Zuma se acercó á la mesa sobre la cual se habia puesto una sola bebida en una botella de cristal; sacó de su pecho el papel que contenia la quina, lo abrió, tomó la botella con una mano y con la otra introdujo los polvos. Al punto el virey, sobrecogido de horror, entró en el gabinete esclamando: ¡desgraciada! ¿qué has puesto en esta bebida?... A esta aparicion y á esta pregunta terrible, Zuma tiembla de espanto, la botella se le escapa de las manos y se rompe,

cae sobre una silla diciendo, *yo estoy perdida* y queda desmayada... La hicieron llevar à su cuarto, y el conde y Beatriz convinieron en que nada de este atentado se diria á la vireina: ella pediria el perdon de este monstruo, decia el conde, y nada en el mundo podrá hacermelo conceder. En el momento se estendió en el palacio y en la ciudad, que Zuma se hallaba convencida de haber querido envenenar á la vireina: la misma noche fue entregada á la justicia y conducida á una prision. Mirvan luego que

supo esta espantosa noticia, fue á encontrar á Azan y á Thamir, y con la muerte en su corazon no les dijo sino estas palabras : « Vo-
» sotros teneis á mi hijo entre
» vuestras manos, prometedme
» á lo menos que si nosotros guar-
» damos fielmente *el secreto*, vol-
» vereis nuestro hijo á mi padre,
» despues de nuestra muerte. No-
» sotros lo juramos, respondió
» Azan, pero tu sabes tambien que
» la menor indiscrecion le costará
» la vida. Nosotros sabremos mo-
» rir, respondió Mirvan. » Despues

de estas palabras, dejó al indio feroz y fue á presentarse en la prision voluntariamente. Habia adivinado fácilmente la accion de Zuma, pero no podia justificarla, sino entregando á su hijo á la rabia del bárbaro Azan, y así resolvió morir con su esposa desgraciada.

Al amanecer se reunió el consejo para interrogar y para juzgar á Mirvan y á Zuma. Al abrir las puertas de la sala se hizo anunciar á los Indios que les era permitido el entrar, y se reunieron un gran

número acompañados de sus gefes secretos Jimeo, Azan y Thamir. Los dos esposos desgraciados fueron conducidos cargados de cadenas, y Zuma al ver á Mirvan, esclamó con vehemencia: él no es culpable, no ha tenido ninguna parte en lo que yo he hecho, é ignoraba mi designio.... Detente, Zuma, interrumpió Mirvan, tu muerte está resuelta, ¡ podrás tú pensar en defender mi vida!... yo no estoy acusado y me presento voluntariamente para seguir tu suerte... Zuma, muramos *en silen-*

cio, muramos con valor, y nuestro hijo vivirá.... Zuma comprendió el verdadero sentido de estas palabras, no respondió y derramó un torrente de lágrimas. El interrogatorio dió principio.

Zuma no pudo negar los hechos de que habian sido testigos Beatriz y el virey. Se le preguntó si habia recibido los polvos que habia puesto en la bebida. Yo se los dí, dijo Mirvan. Zuma lo negó asegurando tambien que él habia ignorado enteramente sus designios. ¿Cuales eran vuestros designios? le pre-

guntaron.—No eran el de envenenar á la condesa. —¿Para qué hicisteis pues uso de los polvos?.... ¿Creiais no emplear sino un remedio saludable?... A estas preguntas Zuma tembló, y sus ojos en este momento encontraron los del cruel Azan; su mirada amenazadora la llenó de miedo y creia ver que estaban degollando á su hijo. No, no, dijo con un tono descompuesto, yo no conozco ningun remedio saludable.— ¿Será pues un veneno?... ¿Vos lo confesais?— Yo no confieso nada.— Responded pues.

— No puedo hacer otra cosa sino callar. A estas palabras Jimeo vino á colocarse entre los dos esposos, diciendo, que me carguen tambien de cadenas, yo quiero morir con ellos. ¡O padre mio! vivid para nuestro hijo, esclamaron á un mismo tiempo Mirvan y Zuma; pero Timeo persistió.

Los jueces habian recibido la órden de no emplear el tormento y de no buscar complices: hicieron alejar á Jimeo y conducir á la prision á los dos esposos. El médico de la condesa compareció y fue

preguntado; declaró que la enfermedad de la vireina habia resistido á los remedios mas eficaces, y que estaba acompañada de los síntomas mas estraordinarios, que él no habia podido impedirse de concebir horribles sospechas, y que la accion de Zuma, que no dejaba ninguna duda sobre la atrocidad de su designio, le habia confirmado en una idea que habia mucho tiempo que no queria admitirla; en fin, que no dudaba que esta esclava perversa no hubiese hecho tomar á la vireina un veneno lento,

y que despues, viéndose separada del servicio del cuarto, y temiendo que la juventud de la vireina y los cuidados que se le daban, triunfasen de un veneno subministrado lentamente, habia querido consumar su crímen por medio de una grande dósis. Todas estas circunstáncias hicieron estremecer y horrorizar á los jueces, y recogiendo luego los votos, condenaron á los dos esposos, como culpables y convictos del crímen de envenenamiento, á perecer aquel mismo dia á las doce, en las llamas

de una hoguera. Se les hizo volver á la sala para que oyesen su sentencia. Mirvan la escuchó con una héroica firmeza, y Zuma bañada en lágrimas, se arrojo á sus pies: yo te he perdido, le dijo, ved mi solo remordimiento, ¡perdoname! calla, respondió ¡no acusemos sino la barbarie de nuestros jueces! consuelate, Zuma, los tiranos que nos condenan nos libran de un yugo espantoso, y dentro de algunas horas ya no serémos esclavos.... Estas palabras conmovieron hasta el endurecido corazon

de Azan, quien esclamó: tranquilizate, Mirvan, sobre la suerte de tu hijo, lo amaré mas que si fuese mio.

Eran las nueve de la mañana, y se dieron las órdenes para preparar la hoguera.

La vireina se hallaba realmente moribunda, el médico anunció al virey que ya no habia esperanza, que era imposible que pudiese soportar tres accesos de fiebre, y que en el término de seis ó siete dias no existiria. El conde, en el colmo de la desesperacion lo mismo que

Beatriz, no podia tener ideas de clemencia: ademas, mirando à Zuma como el monstruo mas execrable que podia producir la naturaleza, se hallaba despojado de toda especie de compasion hácia ella: ordenó solamente que se ofreciese á Mirvan su gracia, si quèria hacer una sincera confesion de su crímen. Decid al virey, respondió Mirvan, que aun cuando se me prometiera la vida de Zuma, no diria una palabra mas.

El virey no quiso hallarse en Lima durante esta espantosa eje-

cucion. Se fue á una casa de campo situada á media legua de la ciudad, con la intencion de no volver hasta la noche.

El desgraciado Jimeo, en vano formaba mil proyectos diferentes, que todos tenian por objeto el salvar á Mirvan y á Zuma; él hubiera querido poder reunir á sus amigos, pero durante toda la mañana, los Indios estuvieron observados y contenidos tan cuidadosamente, que no tuvo ni aun la posibilidad de hablar en secreto con Azan y Thamir. Muy luego una

proclama ordenó á todos los Indios que se hallaban en Lima que asistiesen á la ejecucion : estaban sin armas, la guardia española se dobló y se formó al rededor de la hoguera; ademas, doscientos soldados debian escoltar las desgraciadas víctimas. Era forzoso someterse : Jimeo desesperado, resolvió en el fondo de su corazon el arrojarse en la hoguera con sus hijos.

Miéntras que todo la ciudad consternada estaba esperando este funesto espectáculo, la vireina, ignorando siempre este trágico

acontecimiento, estaba en su cama, mas débil y mas dolorida que nunca. La agitacion de todo lo que la rodeaba desde las seis de la mañana, era estrema, y al fin admirada preguntó, y vió claramente que Beatriz le ocultaba alguna cosa, y que imponia silencio á sus criadas. Beatriz salia á menudo del cuarto para ir á llorar libremente. En uno de estos momentos la condesa preguntó con viveza á una de las criadas y le ordenó imperiosamente el decirle la verdad, y esta muger la instruyó de todo, aña-

diendo que Zuma y Mirvan léjos de negar su crimen, se vanagloriaban de él. La sorpresa de la condesa fue igual al horror que le inspiró esta espantosa revelacion. ¡ O misericordia suprema ! dijo, ¡ yo quiero invocarte con mas confianza !.... al punto ordenó que fuesen á buscar una camilla descubierta, y durante este tiempo ayudada de sus criadas, se levantó á toda prisa y se envolvió en un largo vestido de musolina. Llegó la camilla, y á pesar de los lloros y gritos de las damas españolas y

de Beatriz, que acababa de acudir á esta novedad, se hizo colocar sobre dicha camilla que llevaban cuatro esclavos, y otro tenia sobre la cabeza de la vireina un grande quitasol de tafetan: puesta de este modo y con el rostro cubierto con un velo blanco, partió... Sonaban las doce, y en el mismo momento Mirvan y Zuma á pie, cargados de cadenas, salian de la carcel para ser conducidos al último suplicio: Zuma, que apénas podia sostenerse, se apoyaba sobre los brazos de un sacerdote, y la acompañaban dos

soldados : un pueblo inmenso se habia reunido para verla, y entre la multitud se veia á Azan teniendo en sus brazos al hijo de Zuma y manifestandoselo : al verlo dió un grito espantoso, un grito materno que resonó en todos los corazones... y recobrando sus fuerzas para acercarse todavía á este hijo adorado, se desembarazó de las manos del sacerdote y de los soldados, y se arrojó hácia Azan, quien por su parte se avanzó hácia ella. Esta desgraciada, derramaba torrentes de lágrimas, y dando á su hijo el

último beso materno, Azan le dijo en voz baja: Zuma, animate, considera que hasta tu muerte es una venganza, y que va á hacer mas inviolable nuestro secreto... ¡O yo no quiero venganzas! dijo Zuma, ¡si yo pudiese salvar á la vireina!... No pudo hablar mas, los soldados vinieron á buscarla, y creyó morir cuando la separaron de su hijo, pareciéndole que en aquel momento era en el que sacrificaba realmente su vida.

Se pusieron en marcha, y hallándose no mas que á trescientos

pasos del parage de la ejecucion, una funebre trompeta anunció la llegada de las víctimas, y se dió fuego á la hoguera, pero solamente á lo mas elevado, compuesto de leña resinosa.... Se entró en una alameda de plátanos al fin de la cual se veia la fatal hoguera, cuyas lugubres llamas parecia que se elevaban hasta las nubes. A esta vista terrible, Zuma se estremeció de horror, y en aquel momento espantoso se vió libre del tormento terrible de pensar en su esposo y en su hijo: el estupor tomó el lu-

gar de la sensibilidad, y no tuvo ninguna otra idea sino la de su próxima destruccion; no vió otra cosa sino una muerte inevitable, y bajo el aspecto mas horrible y amenazante...... Conoció que sus fuerzas la abandonaban, que su sangre helada ya no circulaba en sus venas, que su rostro se cubria de una palidez mortal, y sin perder su conocimiento cayó en los brazos del sacerdote que á pesar de sus protestaciones secretas, aunque siempre vagas, le exortaba al arrepentimiento... Zuma, le dijo

Mirvan, nuestra muerte no será
dolorosa, repara aquellos turbil-
ones de humo ; ¡ nosotros seremos
sofocados en el instante! O! res-
pondió Zuma, con una voz espi-
rante, yo no veo sino fuego......
Cuantas llamas... Sin embargo iban
adelante... cada paso aproximando
la muerte de Zuma aumentaba su
invencible terror... Ya se veian los
indios tristes y consternados, pues-
tos al rededor de la hoguera : todos
tenian una rama de cipres para
manifestar su quebranto, y las guar-
dias españolas los rodeaba...... De

repente se oyeron gritos desde léjos; un hombre á caballo que venia á toda rienda, gritaba, detenerse, detenerse, la vircina lo ordena y viene detràs de mí.... Al oir estas palabras se detuvieron; Zuma une sus manos, implora el socorro del cielo; pero su alma agobiada por el terror no pudo todavía prestarse á la esperanza.... En fin se vió venir la camilla de la vircina: los que la conducian instados por ella, apresuraron la marcha, alcanzaron luego á los desgraciados esposos y se detuvieron

á su inmediacion : la guardia española acudió y se puso al rededor de la vireina, los Indios se acercaron formando un medio círculo en frente, y entónces la vireina levantó su velo y descubrió un rostro pálido y consumido, pero lleno de dulzura y de encantos, y que por sí solo anunciaba y prometia la clemencia. Yo no tengo el dichoso derecho, dijo, de perdonar, pero estoy segura de obtener gracia de la bondad del virey : miéntras tanto, yo pongo bajo mi proteccion y bajo mi custodia á

estos dos desgraciados; que se les quiten las cadenas, que se apague aquella espantosa hoguera que nunca se hubiera encendido si yo hubiera estado instruida.... Al oir estas palabras, todos los Indios arrojaron las ramas de cipres é hicieron resonar el ayre con los gritos repetidos de *viva la vireina!* Jimeo atravesó las filas, esclamando: *sí, ella vivirá....* Zuma cayó de rodillas. ¡Dios todo poderoso, dijo, acaba tu obra!... La vireina ordena á Mirvan y á Zuma que la sigan, les hace poner inmediatos á su

camilla, y vuelve en esta forma á su palacio, seguida de un pueblo inmenso que bendecia con entusiasmo su clemencia y su bondad. Luego que llegó hizo entrar á Mirvan y á Zuma en su cuarto y se volvió á la cama ordenando á los dos esposos que se colocasen uno á cada lado de la cabecera de su cama. El movimiento, la fatiga y la agitacion que habia esperimentado habian debilitado sus fuerzas de tal manera que creyó verse en los últimos momentos de la vida... Alargó una mano á Mirvan y la otra á Zuma,

que bañada en lágrimas la recibió de rodillas... Beatriz, no pudiendo sufrir este cuadro tan tierno para ella, pidió llorando, que los dos esposos fuesen conducidos y guardados en el gabinete vecino. No, no, dijo la vireina, ¡yo respondo de ellos, y yo respondo delante del arbitro supremo que nos juzgará á todos!... O! dejadmelos aquí, ellos van á abrirme las puertas del cielo! .. Gran Dios, dijo Beatriz, ¡veros en los brazos de dos monstruos que os han envenenado!..... ¿En donde podria estar mejor en

este instante? respondió la virei-na...Yo no esperimentaré en el seno de la amistad sino disgustos superfluos... pero ¡estas manos trémulas que yo estrecho entre las mias fortifican mis fuerzas, y la vista sola de estos desgraciados derrama en mi alma el sosiego y la seguridad! ¡O bienhechora mia! dijo Zuma, sofocada por sus sollozos. ¡Si el cielo me niega mi última esperanza, se verá si Zuma os amaba! no ¡yo no sobreviviré...... Estas palabras hicieron estremecer á Beatriz. ¡Detestable hipocrecía! esclamó...

No los insulteis, respondió la condesa, ellos se arrepienten, ¡reparad como corren sus lágrimas!.... Ay! Zuma, prosiguió, vos cuya interesante figura anunciaba una alma celeste!... ¡vos á quien yo he amado tanto!... ¿podré conservar contra vos ni el mas ligero resentimiento?.... Yo os miro á ámbos como los instrumentos de mi dicha eterna, y os perdono sin esfuerzo; ¡quiera Dios que podais abrazar la religion con la misma sinceridad!..... Zuma, fuera de sí, iba á hablar y quizas á revelar una parte

del secreto, que la pesaba mil veces mas que cuando no habia tenido que defender sino su vida; pero Mirvan le cortó la palabra: Zuma, guardemos siempre silencio, le dijo, la voz de la vireina hará descender del cielo la verdad! confiemos en el Dios que ha invocado! El conservará una vida tan preciosa y permitirá nuestra justificacion!... Estas palabras fueron pronunciadas con un tono tan verdadero, y con una compostura tan solemne, que hasta Beatriz quedó conmovida. La vireina hizo varias preguntas

á Mirvan, pero en vano; este le suplicó que le dispensase el responderle, y durante dos horas guardó un cuidadoso silencio.

La vireina al tiempo de ir á libertar á Zuma, habia enviado un correo al conde para hacerle volver sin retardo, y lo esperaba de un momento á otro; pero admirada de que aun no hubiese llegado, iba á despachar un nuevo correo, cuando se oyó un rumor estraordinario en los patios del palacio que anunciaba la alegría. Beatriz salió para ir á informarse, y un instante des-

pues la condesa distinguió la voz del virey, y mandó abrir la puerta gritando : gracia, gracia para los culpables... ¡Ellos son vuestros libertadores!.... respondió el virey entrando en el cuarto, y todos se quedaron petrificados. El virey tenia un hermoso niño en sus brazos. Zuma dió un grito de gozo ; era su hijo; el virey se abalanza á ella, pone al niño en sus brazos y se arrodilla á sus piés... Jimeo le seguia, se acerca, y dirigiéndose á Mirvan : tu puedes hablar, le dijo, con el consentimiento de todos los

todos nosotros hemos tomado del polvo saludable, y el virey tambien ha querido tomarlo ántes de traerlo aquí.... A estas palabras, Zuma trasportada é inundada en llanto, estrecha á su hijo entre sus brazos y da gracias al cielo; Mirvan abraza á su padre, la vireina hace mil preguntas á un mismo tiempo, y el virey tomando la palabra, cuenta rápidamente todo lo que los Indios le habian revelado. ¡Gran Dios, dijo la condesa, hechando sus dos brazos al cuello de Zuma, esta an-

mí, é iban á inmolarla!... Cuando hacia una accion tan sublime como edificante, se le acusaba de un crímen atroz!... y los terrores de una pareja héroica en favor de la vida de su hijo, añadió el virey, les hacian soportar con una invencible constancia la verguenza, la ignominia y el aspecto de una muerte espantosa..... Ay! dijo Zuma, la vireina ha hecho mucho mas! creyéndonos monstruos de ingratitud y de perfidia, y los autores de sus males, nos ha protegido,

libertado y recogido con aquella dulzura, aquella bondad.....! Ella va á recibir lo mismo que vos, dijo el virey, el premio de tantas virtudes; ¡vos vais á curarla!... Ved aquí dos dósis del polvo benéfico, una para Zuma y la otra para la vireina.... y diciendo el virey estas palabras, hechó él mismo los polvos de quina en dos copas; Zuma bebió la primera y la vireina quiso recibir de su mano esta bebida saludable. Todo el mundo derramaba lágrimas; y la vireina que se encontraba resucitada por el gozo y

la esperanza, y que recibia con transporte los tiernos abrazos de su esposo, de Beatriz y de la dichosa Zuma, puso en su cama al hijo de esta, le prodigó las mas dulces caricias, y prometió que seria para él una segunda madre.... Beatriz y todas las damas españolas rodearon á Zuma, y no se cansaban de contemplarla y de admirarla. Beatriz con un movimiento afectuoso le besó la mano, ¡aquella mano bienhechora que pocos dias ántes habia acusado como culpable de un crímen execrable!... En me-

tomó por la mano á Mirvan y á Zuma, abrió una ventana y saliendo á un balcon que daba sobre una grande calle llena de Españoles y de Indios, ved, dijo, manifestando á Mirvan y á Zuma, ved las víctimas voluntarias del reconocimiento, de los sentimientos de la naturaleza, y de la fe de los juramentos!... Sus virtudes sublimes y las de la vireina, os han hecho abjurar el odio, muy legítimo en otro tiempo, pero injusto en el dia! vosotros solos por una volun-

del voto cruel formado por la venganza, y vosotros lo habeis hecho; de enemigos secretos os habeis hecho los bienhechores del antiguo mundo! El cuidado de haceros dichosos, no solamente es para nosotros, en adelante, un deber de humanidad, sino una gratitud, y será cumplido. Indios, todos, vosotros que en esta asamblea memorable acabais de sacrificar los fieros sentimientos á la admiracion y á la dulce piedad, Indios, vosotros sois ya libres: ¡unos sentimientos

semejantes os hacen dignos de ser iguales á vuestros conquistadores! gozad de esta gloria; la virtud es quien os ha dado la libertad! Amad á vuestro soberano, sedle fieles: se os distribuirán tierras, haced florecer en ellas el *árbol de la salud*, y cultivándolo considerad que el universo entero va á deberos este beneficio del criador!.... Este discurso escitó un entusiasmo universal, y el virey queriendo finalizar este dia por el triunfo de Zuma, la hizo vestir con magnificencia, puso sobre su cabeza una corona

rico palanquin : todas las damas de la vireina con Beatriz á su cabeza la seguian, la guardia de honor de la vireina la acompañaba, y un rey de armas á caballo que precedia este cortejo, gritaba : *Ved á Zuma, la esposa del virtuoso Mirvan y la libertadora de la vireina.* Zuma sentada sobre unos cojines de tela de oro, llevaba á su hijo sobre sus rodillas, y tenia en una mano una rama del *árbol de la salud.* De este modo recorrió las principales calles de Lima, entre las aclamacio-

cipitaba y se atropellaba para verla y para colmarla de bendiciones. Cuando Zuma volvió al palacio, la condujeron á los brazos de la vireina, y en seguida á una hermosa habitacion nuevamente preparada para ella y para su esposo; encontraron criados para su servicio, pues en adelante debian ser tratados como los mas íntimos y mas queridos amigos de la vireina. Por la noche se iluminó la ciudad, y todos los patios del palacio, y en los jardines se pusieron mesas

los Indios.

La calentura dejó enteramente á la vireina y á Zuma, y al cabo de ocho dias la primera se hallaba en una plena convalecencia. En el mismo parage en donde se habia visto con tanto horror la fatal hoguera, el virey hizo elevar un obelisco de mármol blanco sobre el cual se leian estas palabras escritas en grandes letras de oro :

A ZUMA,

AMIGA Y LIBERTADORA

DE LA VIREINA,

Y BIENHECHORA

DEL ANTIGUO MUNDO.

se plantó un *árbol de la salud*; aquel árbol dichoso, sanctificado por tantas acciones héroicas, y que entre los Indios se hizo despues el símbolo de todas las virtudes que mas honran á la humanidad. El virey se apresuró en enviar á Europa los polvos preciosos, que se llamaron durante mucho tiempo *los polvos de la condesa* (1) y que en latin conservan todavía este nombre.

---

(1) Esto es histórico.

ensoberbecieron á la generosa y sensible Zuma : siempre amada en estremo de la vireina, siempre fué digna por sus virtudes de la gloria y de la dicha que disfrutaba.

FIN.

LAS CAÑAS

DEL TIBER.

En la deplorable época en que los Franceses, amigos de la religion, de la humanidad, de las leyes y de la monarquía, encontraban en todas partes una generosa hospitalidad, escepto en su pais, la marquesa *** viajaba en

(1) Los efectos harmoniosos descritos en esta novela no son de ningun modo una ficcion; todas las personas que han vivido algun tiempo en Roma los conocen.

cido tres semanas en Roma, fué con una señora italiana, amiga suya, á visitar un monasterio de religiosas con el fin de ver los hermosos cuadros que habia en la iglesia interior del convento: cuando la hubo verificado quiso bajar á una cueva cuya puerta observó que estaba abierta, y encontro allí un objeto triste y tierno que causó en su alma una profunda impresion. Era un féretro abierto, rodeado de cirios encendidos en donde se hallaba puesta de cuerpo

su hábito y el rostro descubierto: habia muerto el dia ántes, y acababan de depositarla en la cueva; tenia un rosario de coral en sus manos cruzadas, mas blancas que el mas puro alabastro, y una caña seca puesta á su lado en la misma caja; su cara, léjos de hallarse desfigurada, ofrecia tódavía las facciones mas regulares y mas perfectas. Como la marquesa admiraba con ternura aquella figura cuya hermosura parecia que aun triunfaba de la muerte, Olimpia (este

era el nombre de la señora que la acompañaba) tomando la palabra: esta jóven desgraciada, le dijo, os interesará mucho mas cuando sabreis que era francesa y que el amor mas desgraciado ha sido la causa de su muerte...—¿Su amante, sin duda, habrá sido una de las víctimas de la revolucion? — No, ha muerto en Roma... pero yo os contaré mal este suceso, venid á mi casa esta tarde y sabreis todas las circunstancias por Belozi, á quien conoceis y que las sabe de Lorenzi que fué amigo de los dos

sa aceptó al momento esta proposicion, y la misma tarde Belozi, sentado entre ella y Olimpia, hizo la relacion siguiente:

El héroe desgraciado de esta historia, escribió él mismo los rasgos mas singulares. Tuvo por amigo á Lorenzi, á quien dió su manuscrito y yo lo he leido: manifestaré sus propias ideas, sus dolores, y sus sentimientos siempre que le haga hablar.

Este desgraciado jóven, llamado Rozeval, nació en Paris, su padre

dejar á su hijo la libertad de escoger algun dia otro estado, le hizo seguir los estudios y le dió una escelente educacion. Rozeval tenia talento, aplicacion y gusto para las artes y para la lectura; aprendió varias lenguas, y adornó su memoria: cultivaba á un mismo tiempo la poesía, el dibujo y la música y reunia á todas sus habilidades el tocar la flauta muy superiormente, desde la edad de diez y siete años. El amor decidió su vocacion; una prima suya que tenia dos años

menos de edad, llamada Urania; se hallaba huerfana desde la cuna, y estaba bajo la tutela de un organista á quien debia su adelantamiento en el piano Urania tenia una grande pasion por la música y tambien tocaba el arpa; se la destinaba al estado de artista y ya se hallaba en el caso de reemplazar algunas veces á su tutor en el órgano; y frecuentemente en la tribuna de la iglesia de san Pablo, admiraba á los parroquianos con los sones harmoniosos de su arpa acompañados de la flauta de su primo.

Fué en la tribuna de esta iglesia ofreciendo á la religion las primicias de sus talentos, y celebrando la grandeza y los beneficios del Eterno, en donde tuvo orígen un amor que debia ser tan constante y tan puro!... Ninguna idea profana ni frívola se mezcló á las primeras impresiones, y hasta sus sensaciones fueron santificadas lo mismo que sus sentimientos, uno y otro no veian á su rededor, bajo aquellas bóvedas sagradas, sino la imágen augusta del respeto religioso y de la fe; no era el olor vo-

luptuoso de las esencias preciosas y del ambar el que embelezaba sus sentidos y sí el perfume místico que ardia en los altares; no oian sino el ruido solemne de las campanas y los devotos cánticos que espresaban la adoracion supremà y el reconocimiento. Sus almas elevándose juntas hácia el cielo, parecia que se reunian y se confundian para ir á ofrecer á los pies del trono immortal el mismo tributo de veneracion, los mismos votos, y las tímidas esperanzas!... El organista y el padre de Rozeval

reconocieron muy pronto la incli-
nacion mutua de los jóvenes artistas y la favorecieron: en fin quedó decidido y prometido que Rozeval recibiria la mano de Urania cuando esta hubiese acabado de perfeccionar enteramente sus talentos. Entónces la aplicacion vino á ser una prueba del amor, y el estudio una pasion. Urania no dejaba el piano ó el arpa; su primo pasaba con ella todos los dias, y en lugar de olvidar el estudio y de entretener las horas como otras veces en dulces conversaciones, Urania

tocaba durante todo el tiempo de sus visitas, y esto era hablarle con mas energía que nunca. El corazon de Rozeval oia este lenguage harmonioso y respondia por los sones encantadores de su flauta; uno y otro tocaban con un sentimiento y una espresion que se admiraban como los progresos sorprendentes del arte, y solo se debian al amor. Entre la música que tocaban juntos todos los dias, habia una pieza particularmente que nunca la dejaban de repetir: era una sonata para el clave muy célebre en Italia,

en donde no está conocida sino bajo el título de *la hermosa sonata de Corelli*, y es en efecto una de las mas escelentes producciones de este famoso compositor. Antes de separarse por las noches los dos amantes tocaban siempre la sonata de Corelli, y todas las notas de aquella dulce melodía quedaban gravadas en su imaginacion hasta el dia siguiente.

Las tempestades vienen siempre de repente á turbar los inocentes y pacíficos amores. ¡Empezó la revolucion!... Rozeval tenia entónces

seis : el padre de Rozeval algun tiempo ántes de esta época se habia comprometido para pasar en Londres el otoño, y á pesar del sentimiento de su hijo, se fué con él en el mes de agosto. Rozeval se hallaba muy léjos de poder imaginar lo que debia suceder : él se creia seguro de volver al principio del invierno, pero no obstante su sentimiento fué estremo porque era la primera vez que se separaba de Urania. Su padre hizo tan buenos negocios en Inglaterra que se

quedó allí diez y ocho meses, y al fin de este tiempo cayó enfermo, por lo cual Rozeval no pudo volver á Francia. Como era artista no se le habia puesto en la lista de los emigrados; Urania lo esperaba para casarse con él, pero le fué preciso permanecer en Londres para cuidar á su padre que se mantuvo entre la vida y la muerte durante mas de un año y que al fin fué víctima de su larga enfermedad. Al punto que hubo complido con los últimos deberes se dió prisa en dejar la Inglaterra y volvió á Fran-

cia : halló á su Urania mas tierna que nunca y hermoseada por el doble encanto de una figura llena de atractivos y por un talento superior. Volvieron á tocar con delicia, no solamente *la sonata de Corelli*, sino tambien todos los trozos de música que habian ejecutado juntos ántes de su separacion ; esto era repetir las primeras conversaciones de sus amores.

Se resolvió que un lazo sagrado uniria para siempre á los dos amantes luego que Rozeval dejase el luto rigoroso de su padre. Miéntras

tanto el reinado del terror daba principio; ya se transformaban las iglesias en caballerizas y las casas de los grandes señores en posadas; los sacerdotes ó huian ó recibian la palma del martirio; los tiranos furiosos despojaban de los velos del pudor á las vírgenes consagradas á Dios, y á pesar de su resistencia y de su dolor las arrancaban con violencia de sus asilos, lo que en el lenguage republicano era volverles la libertad...

Un dia el organista entrando en su casa, espantó á Urania al verle

pálido y desfigurado, se echó sobre una silla y dijo con una voz fatigosa ¡O los bárbaros! ¡O los canibalos... O cielo! esclamó Urania ¿qué es lo que ha sucedido? ¿de qué horror habeis sido testigo?.. — sí, de un horror inaudito! ó monstruos!... — Gran Dios! vos me dais la muerte... Yo me estremezco... — He visto vender el órgano de san Pablo á los que fabrican las ollas de estaño y á los caldereros!... Estas palabras aliviaron á Urania de un peso espantoso, porque se babian presentado á su espíritu las

ideas mas funestas... Se guardó muy bien de manifestar su satisfaccion interior, guardó silencio y el organista continuó su relacion: ¡á los caldereros! prosiguió ¡el órgano de san Pablo! todos los órganos de Paris tendrán la misma suerte (1). Las campanas fundidas me dieron tristes presentimientos, pero ¡quién podia esperar esta última impiedad! Hay! destruyen

---

(1) A escepcion de dos órganos, el de san Sulpicio y el de san Eustaquio, todos fueron vendidos.

los altares! Nosotros podemos ele-
varlos en nuestras casas...... pero los órganos!..... — Nos quedan los pianos!.... — Los pianos!.... los comparais al órgano, á este instrumento sagrado, que el solo vale tanto como una orquesta... ¡comprendeis Urania el trastorno incomprensible del culto, de los talentos y de las artes!.. no solamente pierdo yo mi plaza, sino que tambien me quitan los medios de continuar con mi habilidad; ¿como podré ejercerla?... no se conserva en un clave. Vos tocais mejor que

yo el piano, pero el órgano es una cosa totalmente distinta; ¡es sobre el órgano en donde puede componerse con inspiracion!.... ¡el arte de variar, el de oponer diferentes juegos! ¡y las fugas!... ¿qué es la fuga en un piano?... Las teclas de los pies de un piano causan lastima á un organista que tenga un poco de vigor... y los sonidos seguidos y sostenidos, y la voz humana ¿me la daria un piano?... No me hableis nunca de pianos porque los desprecio y los odio. ¡Sin órganos, sin organistas! ¡este pensa-

miento confunde mi imaginacion ! ¡un pais sin órganos! ¡ó los Vándalos!... Estas reflexiones sumergieron al desgraciado organista á un grado tal de desesperacion que aquella misma noche le atacó una calentura. Se llamo á su médico que le dió calmantes y le recomendó la moderacion : este médico era su amigo: se llamaba Burmond, gozaba de una grande reputacion por su ciencia, y asistia á los jacobinos mas famosos; esto le daba mucho crédito y él hacia un digno uso de esta ventaja :

era amable, humano y sensible.

Rozeval, con mas desinteres y con igual calor, sentia la destruccion de los órganos con toda la indignacion que esperimentaba el organista, y la manifestó con imprudencia; se hizo *sospechoso*, es decir, que se juró su muerte, y como acababa de llegar de Inglaterra, se tomó la resolucion de denunciarlo y de acusarle de entretener *inteligencias con Pitt y con Cobourg.* Por fortuna el honrado Burmond fué instruido de esta mala voluntad, (entónces toda

malevolencia costaba la vida y lo advirtió al punto al organista y á los dos jóvenes amantes, trayendo para Rozeval un pasaporte bajo un nombre supuesto y exortándole con fuerza á que saliese de Paris con un Irlandes que partia para Londres aquella misma noche. No hay que perder tiempo, prosiguió Burmond, pues se trata de salvar vuestra vida... A estas palabras el organista esclamó que seria perderla por una buena causa, pero sin embargo convino en que era forzoso seguir el consejo de Bur-

mona y aprovecharse de sus ofre-
cimientos. Urania pedia á Rozeval que se resolviese á partir, y este no podia determinarse á dejarla, y á que se viese sin él en medio de los enemigos de las artes, que quizas concluirán rompiendo todos los pianos y todas las flautas é inmolando á los artistas. Estad tranquilo, prosiguió Burmond, particularmente por las flautas, porque su destruccion no produciria ningun dinero; destruyen los órganos por la misma causa que hacen demoler los castillos de los

particulares, pero respetan las cabañas porque allí no encontrarán plomo, ni bronce, ni piedras trabajadas. *Impiedad y codicia* ved las verdaderas causas de todo lo que se ejecuta en el dia; ¡y bajo un gobierno semejante podré abandonar á Urania! esclamó Rozeval, ¡no, no, jamas! Esponiéndoos, dijo Urania, me hareis morir de dolor y de espanto... Estos debates se prolongaron mucho, y el organista los terminó dando palabra de ir con Urania á los ocho dias á reunirse con Rozeval. Miéntras

que el órgano de san Pablo ha subsistido, añadió, la esperanza me retenia en Paris; pero cuando yo pienso que este órgano, el mejor de la Francia, se halla hecho pedazos en casa de los caldereros, ya nada puede detenerme; iré á reunirme con vos á Inglaterra, y aun cuando no fuese sino por el placer de oirlos y de volverlos á ver, haria el viage; pero ¿podreis partir? preguntó Rozeval, yo respondo de esto, dijo Burmond, yo le proporcionaré todos los medios.

con un dolor amargo y profundo: no fué menor el de Urania, y bien pronto tuvo una nueva pena mas efectiva. El organista, cuyas tristes reflexiones eran cada dia mas agrias y mas tenaces, cayó de repente en el estado mas alarmante; un delirio espantoso no le debaja sino una sola idea, la *del órgano de san Pablo*, siempre creia que los caldereros, y los ojalateros *se disputaban entre sí* los tristes fragmentos de aquel instrumento venerado...... Este espectáculo tan

la calentura que no le habia dejado se convirtió en una fiebre ardiente que le causó la muerte al cabo de cinco dias. Para aumentar esta desgracia corrieron voces contra el *civismo* de Urania: el médico, su único protector, sabiendo que se le iba á poner presa, no podia favorecer su huida porque despues de algunos dias era imposible el conseguir pasaportes. En esta estremidad, la hizo ir á su casa á media noche, y la escondió en su misma habitacion. En seguida se

para denunciarla, y en su declaracion decia que habia huido en busca de su amante Rozeval, aristocrata y flautista, *vendido á Pitt y á Cobourg*, y que habia hallado el medio de pasar à Inglaterra. Esta pretendida huida de Urania, esta accion tan contraria á las buenas costumbres, escandalizó tanto mas á la austera junta de seguridad pública, cuanto Urania se decia que habia tenido una rica herencia á la muerte del organista, particularmente en dinero efectivo.

que se suponia habérselo llevado consigo : inmediatamente se espidieron órdenes para averiguar el camino que habia tomado y para perseguir á la fugitiva. Burmond dió su filiacion y muchas señas falsas : todos los republicanos aplaudieron su zelo porque las denunciaciones son las mejores pruebas para el juicio de los tiranos.

Miéntras que se elogiaba el patriotismo de Burmond, este hombre honrado se consolaba de estos elogios ignominiosos, sirviendo él solo á la triste Urania, y

prodigándole todos los cuidados de un padre el mas tierno.

Una sola cosa inquietaba á Burmond, que era el carácter imprudente de Rozeval: no era posible arriesgar á una carta la confianza de un secreto semejante, ni esponerse á una cosa tan peligrosa, y tambien era cierto que la inquietud de Rozeval le hubiera hecho venir á Paris, con la esperanza de esconderse igualmente, ó con la sola idea caballeresca de compartir los peligros de Urania. Se podia muy bien escribirle por medio de

se hallaba en seguridad, pero no debia dudarse que no viéndola llegar, Rozeval arrostraria los peligros para venir á buscarla, y entónces arriesgando su vida espondria la de Urania y la de su libertador : arrestado é interrogado, diria sin intencion muchas cosas que podian comprometer á Burmond, pues no dejaria de hablar acerca de la amistad que le profesaba, y esto era lo suficiente para desportar todas las sospechas. Se trataba pues de hallar un medio

solamente el deseo de volver á Francia, sino tambien el de escribir, ó el de hacer el menor paso con idea de ver ó de tener noticias de Urania. Despues de mil reflexiones, Burmond no halló sinó uno solo, y era el de hacerle creer que Urania no existia. Este medio era muy cruel, pero Burmond se decidió á emplearlo, pensando que preservaria á Rozeval de una pérdida segura, y que quizas salvaria la vida de Urania y la suya.

En esta época Burmond fué lla-

mado para asistir á la muger de un negociante sueco, cuyo marido estaba en Londres por causa de sus negocios de comercio. Esta muger, que al cuarto dia se hallaba á las puertas de la muerte de resultas de una pulmonía, espiró en el séptimo de su enfermedad; entónces Burmond escribió de su puño una carta concebida en estos términos.

« Reunid todas vuestras fuer-
» zas y todo el valor que debe te-
» ner un hombre para soportar
» el golpe mas terrible..... ¡ Ella ha

»mis cuidados y de todos los so- »corros del arte: yo la he velado »de noche y de dia, y ha dado en »mis brazos el último suspiro, »encargándome el deciros que os »ordona que vivais, que no des- »cuideis los talentos que habeis »adquirido y cultivado juntos y »que viageis: sus deseos eran de »que fuerais á pasar dos ó tres años »á Italia, pero sin atravesar la »Francia, y me ha recomendado »el prescribiros formalmente el »no volver á entrar aunque no

» ha sido su última voluntad, la » que será sagrada para vos si la » amabais como yo creo. »

Despues de haber escrito esta carta, Burmond la dobló y puso una cubierta, sobre la cual escribió la direccion al negociante sueco.

Burmond tenia un discipulo sobre quien podia contar, que iba á Inglaterra como mineralogista, y que debia recorrer todas las provincias de la Escosia y de la Islanda, y como su proyecto era detenerse en Londres, Burmond le dió

su carta haciéndole alguna confianza, y le hizo creer que Urania se habia podido evadir, que ignoraba su paradero, que solo sabia que se hallaba á algunas leguas de Paris, y que para prevenir las imprudencias funestas de Rozeval era necesario persuadirle de que no existia. Yo conozco, continuó, que esta estratagema es cruel, pero salvará su vida igualmente que la de su querido que se crée fuera de Francia, y que no se le persigue; os suplico que os encargueis de esta carta, y si cuando

atravesareis la Francia quieren ver vuestros papeles la manifestareis, pues como no está cerrada y va dirigida á un Sueco cuya muger acaba de morir, el contenido parecerá muy sencillo y nunca podrá comprometeros, pero al llegar á Inglaterra pondreis á la carta un sobre dirigido á Rozeval y se la entregareis.

Todo se ejecutó conforme se habia dispuesto Burmond y la carta fué entregada á Rozeval. La desesperacion de este desgraciado fué superior á todo género de consuelo.

Tenia en Londres muchos amigos que habia ganado no tan solo con su talento, sino con su carácter amable: no le dejaron en los primeros momentos, cayó gravamente enfermo y aun se temió en su convalecencia que su razon no hubiese padecido por la violencia de su dolor, solo se consiguió reanimarle un poco, repitiéndole sin cesar que Urania habia contado sobre su virtud y sobre su valor y que le habia ordenado que cultivase sus talentos. Ah! sin duda la obedeceré si puedo hacerlo sin morir!..... ¡Pero como

me será posible el volver á tomar esta flauta que desde nuestra infancia ha sido el interprete de nuestro corazon! Cada sonido que hasta ahora ha hecho oir manifestaba un sentimiento de gozo ó de esperanza... ¡ *Yo debo cultivar mi talento!* Ay! ¡ Este talento formado y perfeccionado por el amor, este inútil y desgraciado talento ya no existe, y ha sido sepultado con ella en su tumba!.... Todas las ideas elevadas que me inspiraba aquel hechizo y encanto de la gloria de las artes, todas estas ilusiones se

han aniquilado para mí... ¡En adelante yo no seré sino un artista vulgar! ¡he perdido para siempre toda emulacion y toda esperanza de recompensa!.. Hablando de este modo derramaba un torrente de lágrimas, y sin embargo por un respeto religioso y por la última voluntad de Urania, se hizo traer su flauta, y se estremeció al recibirla... Al principio no pudo espresar sino sones cortados y lastimeros... ¡y nunca la música ha esplicado mejor la profunda afliccion! se le escuchaba con sorpresa y admira-

cion, y él mismo encontraba un doloroso encanto en oirse...... De repente, queriendo acabar de destrozarse el corazon, se puso á tocar el acompañamiento de la sonata de Corelli; despues de algunos compases la música indicaba una pausa para la flauta, y durante este tiempo el clave debia tocar solo... Rozeval se paró... y se quedó inmóvil... se le vió perder el color y dijo con una voz profunda: ¡O, este no es el silencio de la ausencia!.. ¡Cuan terrible es y espantoso! ¡él debe ser eterno supuesto que

es el de la muerte!... A estas palabras la flauta cayó de sus manos, y hallándose sin fuerzas uno de sus amigos acudió para recibirlo en sus brazos.

Estas agitaciones tan aflictivas no le impidieron el tocar todas las tardes, pero siempre con la misma opresion y con las mismas ancias.

Sin embargo, decidido á pasar á Italia, aceptó el ofrecimiento de un gran señor ingles que queria ir á Florencia y qüe deseaba llevarlo consigo. Salieron de Inglaterra al principio del mes de marzo, y lle-

garon á Florencia en los últimos dias del mes de abril. El ingles debia permanecer allí cinco meses á lo ménos, y Rozeval no pudiendo soportar el verse precisadò á comer todos los dias con veinte ó treinta personas, pidió permiso para ir á pasar algun tiempo á Roma. No era el deseo de ver aquella famosa capital lo que le empeñaba á alejarse de Florencia, pues ninguna cosa apaga la curiosidad como una pena profunda. Rozeval queria consagrarse enteramente á una soledad absoluta; le dieron mu-

chas cartas de recomendacion, pero determinó no ver á nadie y no hizo ningun uso de ellas. La herencia de su padre le aseguraba con que vivir sin ejercer el estado de artista, esto era bastante para él; ya no tenia ambicion y no pensaba en el porvenir...

Rozeval alquiló en Roma un pequeño alojamiento y no salia de él sino para ir á la iglesia ó para dar un paseo por fuera de los muros de la ciudad: fiel al voto que habia hecho de obedecer á Urania, tocaba siempre la flauta ántes de

salir, pues se encontraba tan cansado al retirarse de sus largos paseos que se acostaba al volverse á su casa. Muy pronto se hizo célebre á pesar suyo: su figura interesante y su tristeza melancólica fijaron sobre él la atencion de todos sus vecinos. Las ventanas de su cuarto daban sobre el patio de su casa, y cuando tocaba la flauta, el patio se llenaba de curiosos que acudian de todas partes para oirle, y los mejores músicos se quedaban pasmados de la superioridad de su talento: recibió una

multitud de esquelas de convite, y no respondió á todas estas finezas sino por una cortesanía fria y lacónica, y por negaciones positivas. Entre las personas que procuraron atraerlo á su casa se encontraba una viuda jóven llamada Rosana, que tenia una gran pasion por la música, y esperimentó un deseo tan eficaz de oir á Rozeval que para conseguirlo se fué al patio de su casa y le oyó con entusiasmo: volvió varias veçes, y un dia escondida detras de una puerta vió pasar á Rozeval; admiró su ele-

gante y noble figura, igualmente que su fisonomía melancólica é interesante: esta imágen se grabó indeleblemente en su corazon. Rozeval iba vestido de luto y tenia un criado que decia que su amo lloraba á una muger adorada. Muchas personas que habian venido de Florencia estaban todas acordes en elogiar su espíritu y su carácter. Rosana habia recogido todas estas noticias, era jóven, rica y hermosa, y se lisongeaba de que pasando algun tiempo conseguiria el consolar á este estrangero tan intere-

sante por su figura, por sus talentos, y por su dolor: conocia á Lorenzi (de quien, segun tengo dicho he recogido todas las noticias). Lorenzi no solamente estaba alojado en la misma casa de Rozeval, sino que su cuarto no tenia mas separacion que un tabique. Rosana, bajo el pretesto de su pasion por la música iba casi todos los dias con una de sus parientas al cuarto de Lorenzi à la hora en que Rozeval tocaba la flauta. Cuando lo verificaba segun su capricho, espresaba unos sen-

timientos tan tiernos y tan penetrantes que Rosana se enternecia hasta derramar lágrimas; le parecia que aquel jóven desgraciado le abria su corazon y que imploraba su piedad, y con la esperanza de ser algun dia su consuelo, encontraba una triste dulzura en persuadirse que era su confidente, porque se imaginaba que era imposible que Rozeval no supiese que ella le escuchaba : sin embargo él lo ignoraba. No hacia ninguna pregunta y no ponia atencion á ninguna cosa de las que pasaban

á su rededor : veia solamente que en el patio de su casa se reunian algunos para oirle, y creyó què este antojo pasaria; pero como cada dia se reunia mas gente, quiso libertarse de esta importunidad y tomó la resolucion de no tocar en adelante la flauta sino en sus paseos solitarios fuera de la ciudad. Saliendo por la puerta del Pópulo, y siguiendo la orilla del Tiber determinó pararse una hora todos los dias en un sitio hermosísimo que habia observado á las márgenes del rio y á poca distancia de la

puerta del Pópulo : era un asiento de yerba rodeado de cañas, que en aquella orilla se elevan prodigiosamente : tres grandes álamos daban sombra á dicho asiento que sin duda fué colocado sobre esta onda famosa por un amigo de las musas y de la antiguedad; allí todo convidaba al delirio, y todo le representaba los grandes acontecimientos de la historia y las seductoras ilusiones de la mitología. Cuando las cañas de aquella márgen estan agitadas por un viento ligero forman diferentes sonidos

que unidos producen una especie de sinfonía vaga y deliciosa; estos sonidos tristes y lastimeros, casi siempre en terceras y en una exactitud perfecta, pasan sucesivamente de mayor á menor. Se crée oir los gemidos de la fugitiva sirinx, ó los sentimientos espresados en la primera flauta cuyo inventor fué su amante. Estos efectos estraordinarios se atribuyen á lo grueso de aquellas cañas, y á que cuando se inclinan y se chocan unas contra otras, sus vibraciones harmoniosas parece que sirven de acompaña-

miento al viento que suena entre sus vástagos agujereados y sonoros. Melodía aeria, tan dulce como pura, y de la cual puede dar una idea el arpa eoliana (1).

Rosana no oyendo ya desde el cuarto de Lorenzi los sones encantadores de la flauta patética y quejunbrosa de Rozeval, supo luego que todas las tardes iba á soñar á las orillas del Tiber, y adivinó fácilmente que se detenia en el

---

(1) No hay nada supuesto en esta descripcion.

parage que le ofrecia un asiento delicioso : ella conocia este sitio en donde habia descansado mil veces despues de sus paseos, y se acordó de que era muy fácil el llegar á él sin ser vista y el esconderse entre las cañas que forman allí una especie de bosque.

Rozeval vivia en un profundo retiro, no habia hecho una sola pregunta en las cinco semanas que estaba en Roma, y así ignoraba enteramente el fenómeno producido por las cañas del Tiber. Durante la primera semana que fué

á tocar la flauta en aquel parage solitario, el tiempo estaba en calma y las cañas se mantenian inmóviles y mudas, pero otro dia apénas habia un cuarto de hora que tocaba cuando se levantó viento de repente. Rozeval estremecido, se detuvo al momento: ¡qué oygo! esclamo, ¡ó cielo! ¡ella me responde!... es su voz celeste y los sones harmoniosos de su arpa...... ¡Qué es lo que digo!... ¡ah, es su alma angélica errante á mi rededor que se me manifiesta y que me habla!.. .. ¡yo debo escucharla de

rodillas!... A estas palabras se prosternó: en el mismo instante tres cañas agitadas por el viento se doblan sobre su cabeza y hacen resonar en sus oidos los sones mas harmoniosos....

Rozeval siempre tendido sobre la arena de aquella márgen se deshace en lágrimas; es á Urania á quien oye, y su imaginacion se la representa en medio de un grupo de ángeles que mezclan sus voces divinas á la suya. Los vientos que hacen balancear y resonar las cañas, llevan sobre aquellas orillas

los suaves olores de los campos vecinos y de los limoneros que los rodean, y esparcen su perfume en los ayres y en la ribera. Rozeval crée respirar el éter embalsamado de las regiones celestes que ve entreabiertas, ó mas bien se crée transportado á ellas; ¡Urania acababa de bajar para acercarsele!.... Éstas ilusiones tiernas y religiosas separaron de su amor todo lo que tenia de profano, y de su dolor todo lo que tenia de amargo y penetrante. La idea terrible de la muerte quedó desvanecida para él

del mismo modo que para los escogidos, y se vió rodeado de la gloria y de la inmortalidad de Urania... Miéntras tanto el viento se apaciguó y un ligero céfiro que soplaba suavemente agitaba todavía las largas hojas de las cañas, y ya no se oian sino sonidos débiles y cortados que se asemejaban á los suspiros y que espresaban tiernas despedidas al oido de Rozeval...... El dia se acababa, Rozeval se levanta y ve una niebla que se le figura una nube, su admiracion iguala á su sorpresa, viendo al

traves de esta pretendida nube una figura esbelta que le alargaba los brazos, y que parecia, que alejándose volaba hácia los cielos: un sencillo ropage blanco dejaba ver toda la hermosura de sus formas y toda la gracia de sus movimientos...... ¡O ella es! esclamó Rozeval, ¡ella es!... Sí, respondió una voz harmoniosa, ¡adios Rozeval!.. A estas palabras desaparece en las sombras... Rozeval desatinado se quedó en la márgen... La niebla sube y se reune á las nubes. Rozeval la sigue observando, y todavía

busca y contempla allí á Urania... No esperimenta de modo alguno aquel enagenamiento pasagero de las pasiones humanas que deja siempre en el fondo del alma una impresion inquieta, todas sus sensaciones son deliciosas porque son puras; ya no se halla desterrado sobre la tierra, ha visto el cielo y ha entrado en la eternidad...... En adelante no será entre los hombres sino una sombra, una fantasma: estos prodigios y esta aparicion han roto todos los lazos que unian su alma á un cuerpo frágil y pere-

cedero. Pasó dos horas en este éstasis divino y fueron las horas mas deliciosas de su vida; durante este tiempo no cesó de repetir : *¡ella es dichosa, ella me espera, nosotros nos reunirémos!...* ¡Ya no estaba dominado por aquel amor cuyo presentimiento el mas triste corrompia el encanto que debia desvanecerse con la juventud! era una ternura purificada por las grandes ideas que pueden exaltar una imaginacion; ¡este es el principio de una inmortal felicidad!... Finalmente fué preciso volverse á

Roma : la luna atravesando las nubes disipó de repente la obscuridad, todo era prodigioso para Rozeval, la claridad repentina le pareció una luz sobrenatural, y con los ojos levantados al cielo contemplaba con un profundo recogimiento de amor y de agradecimiento al astro bienhechor que parecia no haberse manifestado sino para aclarar su camino. Habiendo entrado en su alojamiento, pasó la mayor parte de la noche en vela, con el fin de recordarse lo que habia oido y lo que habia

visto, cuando el sueño le venció se quedó dormido invocando á Urania, y en sueños vió á su imágen angélica en los cielos. Miéntras que su imaginacion acalorada, santificaba su amor de esta manera, Rosana se entregaba enteramente á otras ilusiones: ella era la que, escondida entre las cañas del Tiber para escuchar la flauta de Rozeval, habia desaparecido á sus ojos, y la que habia visto entre la niebla cuando habia creido ver á Urania elevarse desde el seno de las ondas y de las cañas hácia los cielos.

Rosana habia encontrado algunas veces á Rozeval que le habia dirigido algunas miradas indiferentes .. pero, ¿cual es la muger de veinte años de una brillante hermosura, que puéde creer que se la mira muchas veces con distraccion, y particularmente cuando ella tiene un deseo determinado de agradar y de interesar?... Rozeval tenia unos ojos muy espresivos; Rosana atribuia esta disposicion natural á un sentimiento particular, y se lisongeaba de producir una viva impresion sobre su cora-

zon: cuando ella se habia escapado de las cañas para ir á tomar su coche, habia visto á Rozeval al traves de la niebla, y habia oido gritar distintamente ; *ella es!*...... Estas palabras se habian grabado en su corazon, porque no dudaba que se dirigiesen á ella, y creyendo verse reconocida no habia podido ménos de responder... sin embargo no quizo volver á las márgenes del Tiber; Rozeval la habia visto, el acento de la esclamacion que se le habia escapado anunciaba todo lo que el amor podia desear, esto es,

la turbacion y el gozo. Él era quien debia buscarla en adelante. Ella lo esperaba pero fué en vano, Rozeval la habia mirado sin verla, ignoraba su nombre y hasta su existencia. No tenia mas idea, ni mas memoria que la de la harmonía celeste de las cañas del Tiber; ni veia sino una imágen delante de sus ojos, la de la aparicion de Urania!... todo lo que habia precedido á esta época reciente de dicha y de admiracion se hallaba borrado de su memoria, y no trataba de recordarse ni aun de los

dias dichosos de sus amores; este recuerdo seria demasiado profano para la situacion de su alma y para la exaltacion de sus pensamientos y de su imaginacion. Se le figuraba que habia amado por la primera vez en las márgenes del Tiber: allí fué en donde conoció que habia gustado de todo el encanto maravilloso de la pureza de un amor inmortal. Todos los intereses de la tierra ya no eran para él sino frivolidades despreciables, y su único anhelo era el hacerse digno de reunirse con su Urania. Pasaba todas

las mañanas en la admirable iglesia de san Pedro, y las tardes en las márgenes del Tiber, pero las cañas ya no resonaban, el ayre era ardiente, ningun céfiro lo refrescaba, y esto duró mas de quince dias. Rozeval no se admiró de que los prodigios que le habian causado tante sorpresa no se renovasen, pero no por esto le parecia ménos deliciosa aquella márgen harmónica: allí encontraba memorias é ilusiones de una patética melancolia... Un dia al dejar las cañas del Tiber mas tarde de lo que acos-

tumbraba, apresuró el paso porque observó por la profunda obscuridad de la noche que se preparaba una tempestad: entró en su casa fatigado y se acostó inmediatamente; despertándose despues de dos horas se pone á escuchar... su corazon le late con violencia... Oye, y distingue los sonidos maravillosos de las cañas del Tiber, pero muy en pequeño; no es una sinfonía, le parecia á Rozeval que no habia sino una sola voz que modulaba misteriosamente como si temiese el despertarlo... Rozeval

junta sus manos con transporte, y las lágrimas inundan su rostro... ¡Voz divina! dijo, ¿qué quieres de mí? quizas algunas buenas acciones que yo he omitido, ó que me faltan cumplir... voz querida, cuyas vibraciones imprimen en el fondo de mi corazon un sentimiento virtuoso, yo te obedeceré... Cuando pronunciaba estas palabras la música cesó, y durante todo el resto de la noche escuchó inútilmente sin volver á oir cosa alguna.

Rozeval al levantarse, se acordó de que habia visto en las cercanías

del Tiber del lado de Villa-Borguese varias cabañas medio arruinadas, y resolvió ir allí aquel mismo dia á distribuir algunas limosnas.

Todas las mañanas se ocupaba Rozeval en escribir un diario particular en el cual estendia sus pensamientos, sus meditaciones y todas las circunstancias de los pretendidos prodigios de que creia ser testigo y objeto. Paró á su gabinete, segun lo tenia de costumbre, luego que estaba vestido; habia en este gabinete una ventana que salia á un estenso balcon,

sobre el cual estaba colocada una grandísima caja llena de flores que lo ocupaba enteramente. Rozeval abre la ventana y se queda petrificado de admiracion, al ver elevarse entre las flores de la caja tres soberbias cañas, que el movimiento de la ventana que acababa de abrirse hizo resonar melodiosamente: estas cañas tenian mas de ocho pies de altura y eran harmoniosas. Rozeval no pudo desconocer las cañas del Tiber transportadas por una mano divina.... y esta era la música celeste que habia

oido la noche anterior. No tiene ninguna duda sobre este nuevo prodigio, pero no obstante pregunta á su criado, y este le protesta con el ayre mas sencillo y con una perfecta candidez, que el dia ántes, durante su ausencia, no se habia separado de la casa, y que nadie se habia acercado á su cuarto. Rozeval no lo dudaba ántes de preguntarlo, ¡y quién podia saber la impresion que debia producir en él la sola vista de las cañas del Tiber!.... Sus sentimientos estaban ignorados lo mismo que sus accio-

nes, su vida era una cadena de milagros, y pensaba que no se multiplicaban de este modo sino para advertirle que su destierro se habia acabado y que muy pronto se reuniria al ángel que le llamaba de tantas maneras.

Se adivina fácilmente que el criado engañaba á su amo y que ganado por Rosana la habria ayudado á colocar las cañas en medio de la caja de flores. Por la tarde de aquel mismo dia, Rozeval salió con la intencion de ir á visitar las pobres cabañas situadas á poca

distancia de las cañas del Tiber. En efecto fué allí y encontró en aquel parage una grande miseria; dejó algunos socorros y todos los consuelos que la dulce piedad sabe reunir á los beneficios. Su distraccion al salir de allí le condujo á los jardines de Villa-Borguese que él no conocia, y habiendo sobrevenido un poco de lluvia, todos los que se hallaban en los jardines se apresuraron á salir, y Rozeval se encontró absolutamente solo. Paseaba sin destino y se acercó á una magnifica cascada, cuando

sobrecogido de una turbacion inesplicable se para de repente..... lo que el oye no tiene nada de dudoso.... no son los sonidos aérios producidos por las cañas del Tiber, es una música real y la mas apreciada de su memoria; es la hermosa sonata de Corelli, ejecutada en una sinfonía!.... Aun era de dia, Rozeval mira hácia todas partes tanto cuanto su vista puede estenderse, y no ve ni orquesta ni músicos, ¡ él está solo !... temblando y fuera de sí se adelanta hácia la cascada, y el concierto

se manifiesta mas brillante á medida que se acerca: en los surtidores y en las caidas de las ondas plateadas es en donde reside el encanto. Rozeval se asegura con certeza de que el mismo ruido de la cascada producia la ejecucion maravillosa para él de la sonata de Corelli (1). ¡O esclamó Rozeval, aquella música deliciosa

---

(1) Por medio de una mecánica ingeniosa la cascada de Villa-Borguese hace oir en efecto la sonata de Corelli. En Nápoles se ve otra cascada musical de este género.

que durante nuestros hermosos dias sobre la tierra, sirvió de intérprete á nuestros inocentes amores, tu la has colocado en el cielo!.. ¡ tu alma fué tan pura que tu has podido llevar á la eternidad todos los sentimientos que la animaron en esta morada mortal !... ¡ Harmonías que ya sois divinas supuesto que estais repetidas por los ángeles, y que estais unidas á las alabanzas del Eterno, con qué santo entusiamo debo yo escucharos!.. ¡quién es digno de oiros!... ¡ Léjos de mí todas las memorias terrestres que

me podreis recordar !... Acabad de purificar mi alma... A estas palabras pone una rodilla en tierra y escucha; y su agitacion fué tan violenta que habiendo agotado sus fuerzas, su cabeza se inclina sobre su pecho y cae sin sentido sobre la yerba.... Estuvo cerca de una hora sin conocimiento y sin socorro.... pero habiendo cesado dichosamente la lluvia volvieron muchas personas á los jardines: entre ellas se encontraba casualmente Lorenzi, quien habiéndose acercado á la cascada reconoció á Rozeval y

se apresuró à socorrerlo : lo tomó en sus brazos y lo llevó léjos de la cascada á un pabellon, en donde siempre desmayado, se le acostó sobre un canapé. Rozeval recobró en fin el uso de sus sentidos, y no oyendo ya la música: ¡qué, dijo, he vuelto á caer á la tierra desde el cielo!... sin embargo dirigiendo la vista sobre Lorenzi, se acordó de que vivia en su misma casa y que lo habia encontrado varias veces. Lorenzi que habia ido en coche le propuso el conducirlo á su casa, y Rozeval no pudiendo sostenerse

en sus piernas se vió obligado á aceptar su oferta. Lorenzi le dió el brazo con un ayre de interes y de sensibilidad que pareció serle muy apreciable. Despues de haber entrado en el coche Rozeval dió gracias á Lorenzi de una manera muy afectuosa, y en seguida guardó un profundo silencio : Lorenzi no se atrevió á hablarle ni á preguntarle cosa alguna. Al llegar á su casa Rozeval y Lorenzi bajaron del coche, pero queriendo el primero subir la escalera se halló todavía indispuesto : Lorenzi lo llevó á su

cuarto y envió á buscar un médico el cual le encontró una calentura violenta. Lorenzi pasó toda la noche al lado de su cama, y Rozeval, sensible á los cuidados que le prodigaba, le manifestaba su agradecimiento; seguidamente añadió que todos los socorros del arte le serian inútiles: mi hora ha llegado, le dijo, y vuestra alma compasiva no tiene necesidad de tenerme lástima, solamente me encuentro tranquilo, sino que soy dichoso. Qué! dijo Lorenzi, ¿ siendo tan jóven os hallais separado hasta este punto

del deseo de conservar la vida?... Solo la religion, respondió Rozeval, ha hecho muchas veces lo que ha producido en mí una pasion legítima y pura, y he sido conducido al desprecio de la vida por un camino milagroso. No me pregunteis mas; si yo os contase todo lo que me ha sucedido desde que he llegado á Roma, no lo creeriais, y en vuestra opinion no seria sino un visionario; pero yo os probaré mi gratitud por medio de la única confianza que os puedo acordar. Yo he escrito mi historia y os daré

el manuscrito con el permiso de leerlo despues de mi muerte... Vos no morireis, interrumpió Lorenzi, vuestro estado no es peligroso. A estas palabras una sonrisa melancólica fué la sola respuesta de Rozeval. Un momento despues entró un religioso que habia enviado á buscar, y se concluyó la conversacion. Lorenzi se retiró á su cuarto y no volvió hasta despues de tres ó cuatro horas.

Al dia siguiente el médico encontró á Rozeval mucho mejor y aseguró su próximo restableci-

miento : si vos no os engañais, dijo Rozeval, yo tengo valor y aun sabré resignarme á vivir. Estos discursos profundamente melancólicos, inspiraron á Lorenzi la mas tierna compasion ; no podia ver sin una verdadera pena á este interesante jóven , consumirse y aniquilarse silenciosamente, sin buscar un solo consuelo y no recibiendo los que se le daban.

Sin embargo Rozeval no era desgraciado, porque en la certidumbre y en la esperanza de una dicha suprema , su alma ardiente y pura

descansaba deliciosamente en la eternidad; léjos de esperimentar un instante de vacío y de fastidio, estaba eficazmente ocupado y entregado á todos los prestigios de una imaginacion siempre agitada y siempre conmovida; y poseido de todas las ilusiones que servian para alimentarse con tantas delicias, esperimentaba en sus nervios y en su constitucion los efectos mas funestos: viéndose obligado á recibir á Lorenzi por reconocimiento, abreviaba sus visitas por medio de un silencio obstinado.

Lorenzi entraba á menudo en su cuarto pero jamas se detenia mucho tiempo: Rozeval tenia siempre un poco de calentura y su debilidad era estrema; ya era imposible que fuese á soñar sobre las márgenes del Tiber, y se indemnizaba de esto pasando todas las tardes en su gabinete, en donde despues de la aventura de las cañas transplantadas en la caja de flores no entraba nadie mas que él: allí sentado en frente de la ventana, contemplaba las cañas milagrosas: entónces se exaltaba por grados su

cabeza, creia oir y esperaba una aparicion; el menor ruido le hacia estremecer y salia de su gabinete encantado con un crecimiento de calentura. Algunas veces ensayaba el tocar la sonata de Corelli, pero en vano; sus dedos temblaban, su respiracion se detenia, y los sonidos mal espresados de la flauta espiraban en sus ardientes labios. Le parecia que profanaba una música divina admitida en el cielo y que solo debia oirse á los piés del Eterno. Esta turbacion continua agotó de tal manera sus fuerzas

que ya no se hallaba en estado de soportar una agitacion violenta, y creyó finalmente que ya tocaba al término de su vida; tenia esta idea desde su paseo en los jardines de Villa-Borguese; pero no fué en su imaginacion un presentimiento dudoso, y sí una certidumbre.

Rosana instruida del estado en que se hallaba Rozeval hizo inútiles tentativas para verle, temia por su vida y no podia comprender su conducta : la inquietud alteró su salud, y una fiebre violenta la obligó á quedarse en la cama cua-

tro ó cinco dias. Miéntras tanto Rozeval no se restablecia, al contrario se debilitaba conocidamente; su enfermedad tenia un carácter estraño : á medida que su cuerpo se aniquilaba, su espíritu y su imaginacion redoblaban su fuerza y su vigor, porque le parecia que iba á tocar el objeto de sus esperanzas y de todos sus deseos.

Una tarde, Rozeval, ántes de encerrarse en su gabinete, como tenia de costumbre, hizo llamar á Lorenzi que fué al momento aun-

que se hallaba dispuesto á salir. Rozeval le entregó un grueso lio de papeles cerrado, y le dijo: ved los manuscritos que os he prometido; contienen toda mi historia, no los leais hasta que yo no exista; entónces hareis de ellos el uso que tengais por conveniente y ¡quizas convendria que los jóvenes del siglo los conociesen!... recibidlos como un testimonio de mi reconocimiento. A estas palabras Lorenzi enternecido tomó los papeles: yo seré solamente un fiel depositario, dijo, y os volveré estos ma-

nuscritos cuando vuestra salud se halle restablecida. Un asunto importante, prosiguió, me obliga á salir en este momento, volveré ántes de la hora de recogeros, y espero que me permitireis el veros todavía hoy un instante. Diciendo estas palabras abrazó á Rozeval y se dió prisa á marcharse. Rozeval entró en su gabinete, encendió la lámpara de alabastro que colgaba del techo, abrió la ventana, se sentó delante de la caja de flores, y se entregó á su delirio acostumbrado: El tiempo estaba sereno y

la luna daba una agradable claridad. Rozeval con los ojos fijos sobre las cañas reparó que habian cambiado de color desde la mañana y que se habian puesto amarillas... Alargó su mano y tomó una de sus hojas secas que se rompió al tocarla y que se hizo polvo entre sus dedos... El poder soberano, dijo, que colocó estas cañas, no las ha puesto bajo mis ojos sino para anunciarme mi destino...... ¡Han perdido el fresco colorido de la primavera, y yo he perdido el de la juventud!... Estoy agobiado

y marchito como ellas; — ¡sin duda debemos perecer á un mismo tiempo... ¡esta hora se acerca!... A estas palabras el instinto secreto que nos une á la vida arrancó un profundo suspiro del fondo de su corazon, y dos lágrimas corrieron dulcemente sobre sus megillas; pero este movimiento de la naturaleza, estraordinario y aun contrario á todos sus pensamientos, fué tan vago y confuso como momentaneo. Rozeval levantó sus ojos al cielo, ¡nunca su tranquilidad y magestuosa hermosura le

habian causado una impresion tan viva! y con los brazos cruzados sobre su pecho estuvo algunos minutos sumergido en el mas dulce delirio... ¡Esta contemplacion dió á su alma una tranquilidad melancólica y deliciosa!... ¡O verdadero refugio de la esperanza, esclamó, yo toco pues los bienes que tu prometes!... ¡Bien pronto libre de las trabas de la vida, me encontraré colocado á los piés del trono eterno, entre Urania y mi padre!... ¡O qué radiantes deben ser las moradas celestes á las que

sirve de peana esta bóveda resplandeciente sembrada de astros! morada de una paz inalterable y de un amor inmortal, en donde gozaré de la dicha y del poder divino de amar sin cesar y de admirar sin medida la sublime y suprema perfeccion... Cuando decia estas palabras se levantó de repente un viento fuerte que hizo mover y gemir dos cañas que se rompieron chocándose y cayeron rotas á los piés de Rozeval... ¡se estremece!... En el mismo instante oye un ruido detras de él, se vuelve, se abre la

puerta, y da un grito penetrante... Qué objeto se ofrece á su vista..... Era Urania vestida de blanco y mas hermosa que nunca que se arroja hácia él : esto no era una ilusion, era una realidad; pero Rozeval no ve sino una sombra, un ángel que viene á recibir su alma para llevarla á los cielos... tu vienes á buscarme, dijo con una voz desfallecida.... Yo te sigo.... A estas palabras, poniéndose de rodillas y creyendo unirse á ella por medio de la muerte que va á separarle, exala su último suspiro con

el transporte religioso y afectuoso de un gozo puro y sublime!...... Urania fuera de sí lo crée desmayado y no concibe su sorpresa y su sobresalto porque habia enviado dos mensageros para prevenirle su arribo, pero ninguno habia llegado... Llama, el criado acude, y con la ayuda de la trémula Urania lleva á Rozeval á su cuarto y lo deja en la cama... Lorenzi no habia vuelto todavía, los criados de la casa se reunen, se va á buscar un médico, y este declara formalmente que Rozeval ya no existe... Al oir este

decreto terrible la desgraciada Urania pierde el sentido..... En el momento mismo entró Lorenzi y supo los acontecimientos funestos. Sacó á Urania de este fatal alojamiento, le cedió el suyo y le hizo venir mugeres para que la sirviesen, porque ella no tenia consigo sino un antiguo criado con quien pudo escaparse de Francia...... Lorenzi instruyó á Rozana de esta catástrofe con mucha precaucion porque estaba convaleciente y porque conocia sus sentimientos en favor de Rozeval, y dividió sus cuidados

entre ella y la desgraciada Urania. Leyó con Rosana los manuscritos de Rozeval y no se atrevió á comunicarlos á Urania. Rosana supo por este medio que jamas habia sido amada, y que sus sentimientos y todos sus pasos no habian servido sino para fortificar las ilusiones de Rozeval y su fidelidad por una sombra; lloró mucho, pero su amor estaba particularmente en su cabeza: un confidente amable y sensible consiguió el consolarla. Urania no se quejó, no hizo ninguna pregunta, no respondió á las

que le hicieron, y solo declaró que queria entrar en un convento. Rosana le manifestó el mas tierno interes, y le ofreció un asilo : ella no lo admitió y suplicó con instancia que se le procurase su entrada en un monasterio. Al fin le entregaron los papeles de Rozeval dándole la esplicacion de los pretendidos prodigios de las cañas del Tiber y de la cascada del palacio de Borguese. Al dia siguiente Urania quizo salir por la primera vez y no llevó en su compañia sino al antiguo criado. Se supo que habia

